

*LOS LINCES DEL LIMPOPO (Una historia basada en hechos reales)*

*En recuerdo de los niños del Hospital-Escuela Sparrow Village(Sudáfrica)*

*Un rugido. Un rugido descomunal, atronador, como el de Umesaga, el dios de los leopardos. Mi abuelo me contó que es tan grande como una montaña y que una noche, cuando sea el último día del mundo, regresará para vengarse de todos los cazadores furtivos.*

*De pronto mi padre se puso a gritar, pero yo no podía oír nada. El agua del río, que al principio me gustó de lo fresca que estaba, ahora me nublaba los ojos, me taponaba la nariz y los oídos y me enfadé con ella, porque no me dejaba respirar. A partir de ese momento, empecé a verlo todo borroso: las mujeres corriendo, los hombres dando saltos, con los niños más pequeños pegados a su pecho, y agitando los brazos como si les estuvieran picando un enjambre de avispas invisibles. Y el río, que antes fluía tranquilo y confiado, dio un terrible coletazo y nos derribó a todos como si fuéramos simples figurillas de barro.*

Todo un record: 18 cachorros de Lince Ibérico nacieron aquel año en España en los centros de recuperación de esta especie. Por ser uno de los felinos más amenazados del mundo, la noticia apareció en todos los medios de comunicación. Beatriz Sánchez era una de las biólogas responsables de este programa pionero de cría en cautividad, y todavía lo estaba celebrando con sus compañeros, cuando recibió un mensaje urgente desde Sudáfrica. Abrió la pantalla de su teléfono móvil y... la copa de cava se le cayó de las manos.

Dos semanas después aterrizaba en un pequeño aeropuerto situado a pocos

kilómetros del río Limpopo. El vuelo había durado diez interminables horas y Bea, como la llamaban sus amigos, no pudo dormir nada. Los motores del avión hacían un ruido infernal. Se trataba de un viejo aparato del ejército sudafricano que ahora, en vez de transportar bombas, suministraba comida enlatada, medicinas y jaulas a los científicos que trabajaban en el mayor parque del mundo: “El Gran Limpopo“. Lo acababan de crear tres países fronterizos: Zimbawe, Mozambique y Sudáfrica, y le habían puesto el nombre del río que lo atravesaba a lo largo de 1.600 kilómetros.

El asiento de la bióloga española, el único que quedaba en pie en la zona de carga del avión, había sido recauchutado en numerosas ocasiones, y en cada turbulencia que atravesaban, saltaba como si rodaran por una carretera llena de baches. Por las escasas y estrechísimas ventanillas del aeroplano tampoco se veía nada, así que Beatriz no tuvo más remedio que entretenerse calculando en un viejo mapa, que le había regalado su padre en su décimo cumpleaños, la ruta que estaban sobrevolando... hasta que una jaula para leopardos se le vino encima tras una nueva turbulencia. Los pilotos, a los que sólo había visto una vez cuando subía por la escalerilla del avión, se rieron y decidieron apagar las luces de la zona de carga para ahorrar combustible.

-¿Un trago?

La botella de licor llevaba un elefante en la etiqueta y ésa fue su primera imagen real de Africa, el lugar al que siempre soñó con viajar desde que era pequeña y pidió para Reyes su primer libro de animales. Eso... y la bofetada de calor que le golpeó la mejilla nada más abrirse el compartimento de carga del avión militar que le había traído hasta el extremo sur de este inmenso continente.

-No, gracias, no suelo beber tan temprano.

-¿No me diga? -el director del área de conservación del Parque Internacional del Gran

Limpopo, un mozambiqueño de ojos saltones y cara ovalada, había estudiado en Cuba y hablaba un español más que aceptable-. Yo pensaba que todos los españoles desayunaban con vino de Rioja y...

-Todos no -le cortó Beatriz Sánchez. Después de una noche dando tumbos en una camioneta con alas no estaba dispuesta a aceptar muchas bromas.

-Bueno, bueno... en Africa todo es distinto y ya se irá acostumbrando, poco a poco, a nuestra bebida favorita, sobre todo, cuando la acribillen los mosquitos.

Fue entonces cuando la bióloga se acordó de que le habían perdido en el aeropuerto la maleta donde llevaba varios litros del repelente antimosquitos más fuerte que pudo encontrar en España.

-Señorita, con eso no se juega -le leyó el pensamiento su nuevo jefe, al menos, por un año y gracias al convenio que el gobierno español acababa de firmar para el intercambio de investigadores-. La malaria y las picaduras de serpientes venenosas serán, a partir de hoy, su peor pesadilla. ¡Mas no se preocupe, carajo!. La ayudaremos en todo lo que podamos... hasta que consiga cuidarse por si misma. Aquí todo es diferente y... peligroso, no lo olvide.

-Estoy preparada, llevo leyendo libros sobre Africa desde que...

-¡No es lo mismo, jovencita! Lo primero que tiene que hacer es buscar un buen guía. Le aconsejo a alguien de la etnia zulú. Llevan aquí mucho más tiempo que ninguno de nosotros y conocen cada piedra del parque. ¿Alguna pregunta antes de incorporarse a su nuevo puesto?

-Sí, aunque no sé como decírselo -la cara de la bióloga se puso al rojo vivo y esta vez no fue por el intenso calor-. No sé por qué me han llamado, es la primera vez que piso Africa y siempre he trabajado con linceos europeos.

-Aquí apreciamos mucho la modestia profesional, créame señorita, pero no hace falta

que se esfuerce. ¿Acaso el Lince Ibérico, su especialidad y en la que ha logrado un hito histórico en su país, no es un “gatito”? Pues aquí uno de nuestros cinco animales estrella es otro gato, aunque, eso sí, de mayor tamaño: el leopardo. Y ahora que se fijan en nosotros los otros grandes Parques Nacionales del Mundo, no queremos cometer el mismo error que en Zanzíbar, donde se cazó hasta el último ejemplar de una muy interesante subespecie de leopardo africano. Por eso la hemos llamado, para que colabore con nosotros en la protección del leopardo.

*Tras el coletazo del río, perdí el conocimiento hasta que mi cabeza chocó contra el tronco de un árbol que arrastraba la fuerte corriente. Entonces dejé de verlo todo negro. Me agarré como pude y mi boca comenzó a vomitar agua. Me dolía mucho la barriga y me ahogaba al intentar respirar. El árbol me llevó río abajo. Con las pocas fuerzas que me quedaban, conseguí subirme a la parte más alta del árbol y miré a mi alrededor buscando a mis padres, pero sólo veía espuma y ramas con hojas reseca.*

Los trabajadores del Parque Internacional del Gran Limpopo aprovechaban las primeras horas del día para derribar los 120 kilómetros de vallas electrificadas que, hasta hace poco, marcaban la frontera entre los tres países africanos que habían creado esta inmensa reserva natural. Era sin duda el gran sueño de todo naturalista. Por fin, como hacía miles de años, los enormes rebaños de búfalos y los saltarines antílopes podían desplazarse libremente en busca de pastos frescos y la sombra de los baobabs. Aunque no estarían solos: siguiendo su rastro en el polvo, y ya sin el obstáculo insalvable de las alambradas, les perseguirían los leones y, por supuesto, el mítico leopardo, el gran cazador.

Para no perderse nada de aquel acontecimiento histórico, a Beatriz le era imprescindible encontrar un buen guía, una persona que conociera esta área de conservación, la más grande del mundo, como el salón de su casa. Los guardas del parque, algunos antiguos policías, llevaban siempre un fusil al hombro, porque tenían la orden de disparar, sin previo aviso, a los cazadores furtivos. La bióloga española tenía fobia a las armas y solo de pensar que los “rangers“ podían matar impunemente le hizo descartar la idea de viajar con ellos.

*Una avalancha de lodo, ramas y piedras sepultó el cauce del río y rodeó el árbol que me había salvado la vida al convertirse en una improvisada canoa. El barro quería tragárselo todo haciendo grumos en el agua sucia y me vi de nuevo en peligro de muerte. Tras un recodo, divisé una hilera de rocas que llegaban hasta la orilla. Aquella era mi única salvación. Usé los brazos como remos e intenté dirigir mi árbol hacia aquel promontorio. Un tronco grisáceo me cortó el camino. Intenté apartarlo con un pie y unos afilados dientes emergieron de repente del agua. Pataleé con todas mis fuerzas, golpeé el agua con mis puños y... el cocodrilo pasó de largo. Por fin mi árbol chocó contra las rocas y, de un salto, esquivé la ola gigante que lo arrastraba todo a su paso. Miré hacia atrás, por donde el cocodrilo se había ido y chillé hasta destrozarme la garganta. Seis o siete de aquellas bestias estaban devorando los cadáveres de un montón de mujeres de nuestro poblado. Las reconocí por los colores vivos de sus camisas, que ahora estaban hechas jirones. Sus cuerpos flotaban bocabajo. Rompí a llorar porque adiviné entre el barro el rostro de Tau, la hermana de mi madre, y el de Mole, la chica más guapa de la aldea, a la que todos seguíamos con la mirada cuando iba a por agua al pozo para su pequeño campo de maíz. Pronto... no quedaría nada de ellas.*

Beatriz llevaba horas deambulando sin rumbo fijo cuando le apretó la sed y no tuvo más remedio que detenerse en uno de los campamentos para turistas que albergaba el Parque. Lo formaba un conjunto de chozas con paredes de piedra y techos de paja que los monos pataleaban cada noche impidiendo el sueño de sus moradores. Compró una botella de agua helada, se la llevó rápidamente a la boca y lo vio por primera vez. Tendría unos 55 años, un dato nada despreciable si tenemos en cuenta que en aquel rincón de Africa el sida había bajado la edad media de la población negra a tan solo 40 años. Hablaba a gritos y gesticulaba sin parar con las manos. Se había encaramado a la rueda de su destartalado todoterreno con puertas de madera, pero parecía que se hubiera subido al escenario de un teatro.

-¡Mi abuelo cazó leones con el presidente de Estadosss Unidossss, Theodore Roosevelt, y mi padre, rinocerontes negrosss con el mundialmente conocido escritorr Ernest Hemingway! -declamaba en un mal inglés, arrastrando las palabras con un gesto de aburrimiento por haber contado esa historia miles de veces. Sin embargo, los turistas lo escuchaban con atención y no paraban de hacerle fotos, como si fuera una atracción más-. ¡Pronto me tocó el turno a mí! Miré a mi alrededor y pensé: apenas quedan unos cuantos rinocerontes negros, el trofeo máspreciado para los cazadores blancos por su mítica fiereza, y cuando maten el último ejemplar, ¿qué haremos los guías del pueblo zulú? -los flashes de las cámaras cesaron y el auditorio contuvo la respiración-. ¡¡Acérquense, porrr favorrrr!!, y vean estas fotos de elefantes muertos con sus colmillos arrancados y estos rinocerontes pudriéndose en el suelo para que otros, lejos de aquí, puedan fabricar con sus cuernos empuñaduras de dagas como ééesta. Por eso me juré a mí mismo que nunca ayudaría a matar a un animal salvajeeee, sino que lucharía para que los “salvajeees” nunca pudieran cazar los

hermosos animales que los dioses nos han regalado para que no estemos solos en la Tieeerraaaa.

A los pocos minutos, los turistas que este guía transportaba en su destartalado todoterreno ya se habían olvidado de esta triste historia y compraban camisetas en la tienducha del poblado. Sin embargo, el guía había pegado las fotos de los animales masacrados en las puertas de madera de su vehículo y Bea se acercó para poder ver aquel desastre con sus propios ojos: lomos ensangrentados, cabezas arrancadas de cuajo, patas cercenadas y arrojadas con prisa al barro de algún riachuelo... Aquello más que una cacería era un auténtica carnicería. ¿Y todo para qué?, ¿para confeccionar un mísero cenicero de marfil, con el que algún europeo sin escrúpulos presumiría ante sus amigos que había estado de safari durante sus últimas vacaciones? Sin poder remediarlo, le entraron unas ganas enormes de vomitar.

-Señorrrra, por favorrrr, no se aparte del grupo, que se está haciendo de noche y aquí merrodeann animales peligrosos. Ellos han aprendido que los blancos son un “blanco” muy fáaacil -y el guía se echó a reír, con una de esas risas sanas, de chiquillos jugando en la calle, que Bea recordaba de su infancia y que ahora había vuelto a oír en Africa.

-Buenas noches, me llamo Beatriz Sánchez y soy la nueva asesora del programa de conservación del leopardo africano.

-¿Española? -y al ver que asentía, el hombre volvió a sonreír- ¡Hala, Madrid!...

-En realidad, ¡¡odio el fútbol!! -el hombre dejó de reírse-. Estoy buscando un guía y, de momento, usted es mi única opción...

-El vuelo de mi grupo sale esta noche. La espero mañana en las oficinas centrales del Parque a la hora habitual: a las cuatro en punto de la madrugada. No se preocupe, me llamo Mpande, pertenezco al pueblo zulú y llevaré mantas y café caliente.

*Aquella mañana nos habíamos despertado muy temprano, como Padre nos había ordenado. Los hombres de la aldea estaban hartos de ver morir de hambre a sus hijos y habían decidido cruzar la frontera para trabajar en Sudáfrica. Padre nos dijo que al otro lado del río el maíz crecía más rápido y que, si teníamos suerte, podríamos encontrar un diamante bien gordo, porque aquella tierra era el hogar de las piedras más bonitas, como los diamantes o el oro. En nuestro poblado nadie tenía pasaporte, porque era demasiado caro. Padre nos explicó que se necesitarían tres años de sueldo cultivando maíz y sin gastar nada en comida. Y él llevaba ya muchos meses sin trabajo. Era nuestra última oportunidad: teníamos que cruzar el río por la noche, cuando los policías de la frontera duermen y sueñan con encontrar un diamante enterrado en la arena. El agua estaba fresca y todos nos alegramos después de haber soportado días de mucho calor. Los hombres cogieron en brazos a los niños más pequeños, porque el fondo del río era cada vez más profundo y no sabían todavía nadar. Algunas mujeres se pusieron a cantar dando gracias a los dioses cuando vieron las primeras luces, en la otra orilla, pero con sus voces despertaron a la serpiente gigante que también duerme en el río.*

Era su primera salida y, tras estudiar multitud de posibilidades, Beatriz decidió empezar con una visita al río Limpopo. De niña había quedado fascinada con un relato de Kipling y quería comprobar si su recuerdo coincidía con la realidad.

-¡¡¡No hay tiempo que perderrrr! -anunció el guía zulú dando a la vez un trago a un termo de café. Apretó el acelerador de su viejo todoterreno y la bióloga casi pierde la manta del vendaval de polvo y gas que provocó la explosión del motor.

El primero en verlos fue Mpende. En plena oscuridad, tres soldados subían a

trompicones la escalerilla de hierro que llevaba a lo alto de la presa. Sin hacer ruido, apagó las luces del vehículo y se lanzó al suelo.

-Si nos ven, nos cortarán el cuello con un machete y luego dirán que fueron unos bandidos negros -le advirtió cuando Beatriz se escondió a su lado entre unos matorrales.

Los haces erráticos de varias linternas iluminaron la caseta de hormigón que coronaba la presa. Después oyeron varias voces y las compuertas del embalse comenzaron a abrirse provocando un gran estruendo. Miles de chorros estallaron por todas partes y los pájaros huyeron de allí en desbandada, como si intuyeran la presencia del más fiero de los depredadores.

-¡Señorita, mire! -empezaba a clarear y el guía zulú ya no arrastraba las palabras-. Un grupo de inmigrantes zimbaweses está intentando cruzar el río y esa patrulla de militares ha abierto la compuerta de la presa para ahogarlos. ¡Corra!, quizá todavía podemos salvar a alguno.

Beatriz y Mpende ya estaban lejos de la presa, cuando uno de los soldados se dirigió a su oficial:

-Señor, unos cuantos hombres han conseguido llegar a la orilla y...

-Déjelos, ahora le toca el turno a los leones. No hay presa más fácil que un hombre desorientado y exhausto.

*Caminé desnudo durante horas con el sol golpeando con fuerza mi cabeza como si fuera un tambor. No tenía nada que ponerme para protegerme, porque había perdido toda la ropa en la pelea con el cocodrilo. No sabía a dónde ir y sólo una idea me mantenía en pie: encontrar a Padre y a Madre. No los había vuelto a ver desde que la serpiente gigante que vive en el río nos lanzó aquel terrible coletazo y una*

*gran ola nos abatió. De pronto oí un grito y corrí hacia allí. Quizá era Padre llamándome. Pero al salir de la hierba espesa y seca que me arañaba las piernas, tuve que retroceder. Un grupo de leones estaba devorando una presa. Al principio pensé que se trataba de un impala... pero no... la piel era demasiado negra.*

*-Quieto, Shirinda, y, sobre todo, no los mires a los ojos -esta vez sí que era la voz de mi padre-, si les miras a los ojos, pensarán que eres una presa perfecta.*

*Y entonces llegaron ellos corriendo: un hombre negro vestido de verde y la mujer blanca. El hombre saltaba dando gritos y arrojó un par de piedras a los leones, y, aunque no les dio, éstos comenzaron a retroceder como si hubieran visto a un espíritu maligno. La mujer blanca me cogió y me puso detrás de ella, para que los leones no me vieran.*

*-¿Unjami? -me preguntó en lengua zulú el hombre negro-. Ve con tu padre, que yo me encargo de los leones.*

*Padre me abrazó y yo le pregunté:*

*-¿Dónde está Madre?*

*-La ola gigante la arrastró -las lágrimas no le dejaban hablar-, y no pude hacer nada.*

*-¿Y Molo? -me asusté al no ver a mi hermano pequeño.*

*Mi padre acarició su pecho como si Molo todavía estuviera agarrado a él.*

*-Tuve que soltarlo, ¡lo tienes que entender: era su vida... o la mía!*

El guía zulú llamó varias veces por la radio de su todoterreno. Por fin, tras unas horas, apareció una ambulancia. Beatriz protestó hasta que la dejaron subir para poder cuidar al chico.

*-Ahora eres mi lince -le dijo, mientras curaba sus heridas-, y te tengo que proteger.*